

Entrever la extrañeza: *Todos los ruidos del mundo* de Cecilia Magaña

Nora de la Cruz

LEÍ A CECILIA MAGAÑA EN LA ANTOLOGÍA *LADOS B 2015*, publicada por la editorial independiente Nitro Press. Era una de las presencias más notables del volumen: derrochaba imaginación y su relación con el lenguaje mostraba una naturalidad deliciosa. Por eso mi interés por leer su más reciente colección de cuentos, *Todos los ruidos del mundo*, publicada por la editorial Paraíso Perdido, también independiente, fue inmediato. El libro está compuesto por diez relatos breves y atípicos, vinculados entre sí sobre todo por el desconcierto que producen. El título, acertadamente llamativo, se desprende de la cita de Ovidio que sirve de epígrafe: “Siento vibrar tu voz en todos los ruidos del mundo”. No se aclara a qué obra del poeta latino pertenece la frase, lo cual puede despertar en el lector incisivo la primera interrogante, sobre todo si quiere hallar en este código inaugural una clave para interpretar la obra. Yo terminé por rendirme: no descifré el enigma.

Confieso con enorme frustración que lo mismo me sucedió con algunos relatos: tuve que leerlos más de una vez en busca de un significado contundente. Si pensamos que un autor ofrece, en un libro, un concepto del género que aborda, y de la literatura, podríamos decir que Cecilia Magaña entiende el cuento en un sentido poco clásico. No hay arcos narrativos cerrados, ni finales epifánicos, ni sorpresas. Existen personajes o situaciones críticas, o personajes peculiares en situaciones críticas, y en torno a ellos un desfile de objetos, gestos y datos que no producen un avance en la trama, o un efecto temático, sino que acentúan el desconcierto, el sinsentido de la vida podríamos decir si la intención fuera ser grandilocuente.

Lo anterior es, sin duda, arriesgado, lo cual es siempre una buena cualidad en la literatura, pero en esta obra tiene resultados dispares. Posiblemente porque la autora presenta relatos que se orientan, en general, de dos modos. Un par de ellos —“De médiums y poetas”, “¿Se te olvidó algo?”— pareciera estar construido con una ambigüedad propia de lo fantástico como base. En el primer caso, es efectiva, pero en el segundo no tanto, pues el cuento descansa excesivamente en la sorpresa final. En una segunda lectura uno empieza a notar las señas que la autora nos da para descifrar el desenlace, pero se presentan con tanta ligereza que sólo en

la relectura las notamos. Y aunque al final nos preguntamos qué sucede, no podría decirse que se deba a que el relato da lugar a lo fantástico, sino a que su sentido no es del todo claro.


Esto ocurre también en “23 escalones”, un cuento que parece confiar en la elocuencia de sus detalles, que brinda profusamente. Hay una especie de pepenador enamorado de su vecina, quien sufre los maltratos de su marido, aparentemente pintor. Cuando la mujer entra al departamento del protagonista (¿hay realmente un protagonista?) revela que se sabe observada y que, a juzgar por su actitud, no le importa. El hombre tampoco reacciona ante la intrusión. Lo último que vemos, en un desenlace anticlimático, es la marca que deja un envase de leche sobre la mesa, sin que sepamos muy bien lo que representa. ¿El pasmo, la abulia, el abandono de la realidad inmediata, o simplemente el tiempo que dura el encuentro entre los personajes, apenas el suficiente para que la leche comience a entibiarse y sudar luego de haber sido sacada del refrigerador?

En este punto infiero que la apuesta de Cecilia Magaña para interactuar con el lector es proponerle situaciones que sugieran cosas, pero no terminar nunca de explicarlas por completo. Eso ocurre, por ejemplo, en el cuento con el que se inicia el libro, “Génesis”, en el que una mujer y su pareja sufren un accidente, y la manera en que sus reacciones revelan la realidad de su historia en común. Es un acierto abrir el volumen con este relato, pues es una buena muestra del tono del resto, y del interés de la autora por entregar historias abiertas, cotidianas en cierto sentido, pero al mismo tiempo extrañas.

Un ejemplo mucho más contundente es “Un palo en la cabeza”, en el que una joven se interna en el bosque, toma fotos de algo o alguien, para impresionar a sus amigas o compañeras de escuela. En esta historia podemos notar otro elemento recurrente en el libro: el uso de títulos llamativos cuya relación con el contenido del texto parece parcial u oblicua. En este caso se trata de una frase que el padre de la protagonista le dice y que ella interpreta a su manera. Si bien la tensión funciona mejor que en otros textos del conjunto, también falta densidad al construir los objetos del desconcierto: el cuerpo en el bosque, la razón por la que la protagonista responde a las presiones de las otras chicas, por ejemplo. La duda que nos produce el relato no termina de ser honda, a pesar de que resulta evidente el recurso de guardarse información y contar menos de lo que se esperaría.

Esto, en cambio, funciona mucho mejor en “Mutis”, a mi parecer el relato más memorable del libro. En él, un actor de doblaje está a punto de ser padre; en los incidentes narrados, todos triviales, podemos comprender los matices del personaje y su relación con la paternidad, representada por su propio

padre y por el nacimiento de su hijo. El lugar común se salva con ingenio y sentido del humor, y el final abierto es auténticamente sugerente, bien logrado. De manera análoga, hay un relato semejante, no desprovisto de ironía: “Síndrome”, la historia de una mujer sin hijos que padece una maternidad patológica. En este caso, sin embargo, el texto parece más unívoco, aunque eso no lo demerita.

Del otro lado del espectro, “Bazar” y “No es un secreto que te amo” son historias extrañas, con pocos asideros, que por momentos pueden parecer sueños y que, si bien pueden despertar la curiosidad, no terminan de ser completamente sólidas. Si la intención de la autora es que el lector colabore con el texto y complete el sentido, estos textos son los que demandan más de él. Quizás en la poética de Cecilia Magaña lo que menos importe sea la univocidad del sentido, pero esa apuesta, llevada al extremo, puede desembocar en relatos crípticos, de difícil acceso. Esta colección, al menos, requiere un tipo de lector muy específico, nada clásico. Curiosa decisión citar a Ovidio para nombrarlo. 



Todos los ruidos del mundo
Cecilia Magaña
México, Paraíso Perdido, 2016, 88 pp.